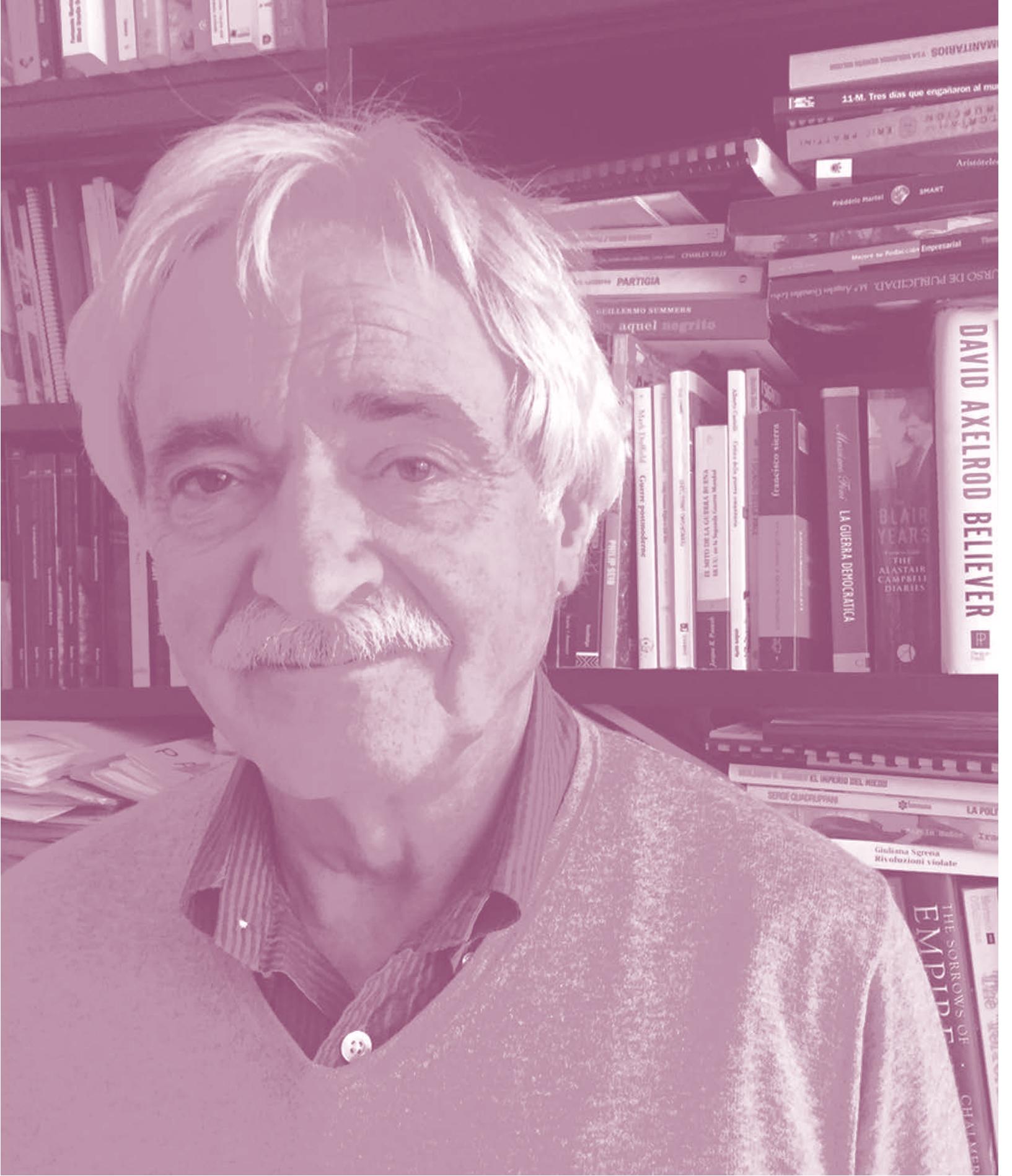


DAVID AXELROD BELIEVER

IP



Ramón Zallo Elgezabal

“Solo cabe hacer políticas culturales democratizadoras para la pospandemia”

Catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad del País Vasco.
España.

Daniel Heredia

Artículo recibido: 06/10/2021. Revisado: 27/10/2021. Aceptado: 29/10/2021

Finales de mayo de 2021. Me pongo en contacto con Ramón Zallo (Gernika-Lumo, 1948) para concertar esta entrevista. Le pregunto si prefiere que dialoguemos por teléfono o si desea que le mande las preguntas para que las responda en un par de semanas. Contesta a los pocos días que la segunda opción, porque “las preguntas dan qué pensar a modo de memoria de vida y de estado actual de la cuestión. Me viene que ni al pelo para repensar temas. Me haces un favor”. Este licenciado en Economía (1970) y Derecho (1971) y doctor en Ciencias de la Información, se ha especializado en economía y en políticas de cultura y comunicación. Fue catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad del País Vasco entre 1994 y 2018. Es profesor emérito desde 2019. Es autor de numerosos libros de análisis de política vasca, temas culturales, económicos, sociales y políticos. En el campo de la gestión pública ejerció de asesor de la Consejera de Cultura del Gobierno Vasco y, en calidad de Viceconsejero, para temas de comunicación, audiovisual y cultura en las legislaturas 2002-2009. Redactor principal del Plan Vasco de la Cultura (2004-2015) y de las Orienta-

ciones para el II Plan Vasco de Cultura: 2009-2012, participó en el Libro Blanco del Audiovisual de Euskadi (2003) –del que surgiría el Cluster EIKEN–, en la puesta en marcha del Observatorio Vasco de la Cultura (2006), así como en la preparación de la legislación vasca relativa a FM de radio, Televisión Digital Local, Proyecto de Ley de comunicación y del Consejo del Audiovisual, decreto de financiación del audiovisual en el País Vasco y asesorado en dos de los Contratos programas con EITB. Fue director de la sección de “Estructura y políticas de comunicación” de la Asociación Española de la Investigación de la Comunicación (AE-IC) hasta 2018 y presidente de la sección de España de la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (ULEPICC) en el mismo período. La entrevista se realizó finalmente a través de varios correos electrónicos durante el mes de junio de 2021, porque “prefiero pensar con calma y sentido”.



¿Qué es la cultura para usted?

Tengo una idea polisémica de la cultura, como por capas. La más profunda, a mi parecer, se remite a la naturaleza cultural de la especie y a la diversidad de sus comunidades, ámbito que estudia preferentemente la antropología. A partir de ahí todo son derivaciones: la cultura como caja de herramientas y cuadro interpretativo, como identidad, como saber y lenguaje, como socialidad e interacción, como espacios y patrimonios a gestionar, como bienes comunes y mercancías culturales, como agentes de creación y uso, como normas de regulación, como políticas y gestión... La cultura interpela a todas las disciplinas e invita a la pluridisciplinariedad en algunos momentos, especialmente cuando de formular políticas y fórmulas de gestión se trata. Ya ve que dejo mis campos de especialización para el último lugar de esas capas concatenadas y, sin embargo, son tan importantes que gestionan el conjunto, y más en sociedades pos-industriales jugándose, ahí, el futuro. En este

tema, soy *engelsiano*. La cultura es el fundamento social, pero la suerte de la cultura se juega en la economía y la política y en el saber y el corazón de las personas.

36

¿Qué cualidades personales debe tener el especialista en gestión cultural?

El maestro de periodistas, Ryszard Kapuściński, decía que para ser buen periodista había que ser buena persona. Creo que la frase es aplicable a cualquier oficio que tenga que ver con personas, aunque eso no sea sinónimo de éxito sino de valor moral y credibilidad de quien lo ejerce. A partir de ahí, hay que valorar cualidades para este oficio como el conocimiento polivalente y de las tendencias del mundo y de la cultura, la adaptabilidad de los proyectos, la creatividad, la implicación tanto con la cultura en general y la propia en particular como con la ciudadanía y la comprensión de su función de intermediación entre cultura y sociedad. Respecto a esto último creo que no habría que reducirla a una intermediación entre creadores e instituciones, puesto que la gestión cultural puede quedar atrapada en intereses de parte, algo así como en una intermediación entre intermediarios, sino que el sentido final de la gestión cultural es la conexión de ida y vuelta entre la sociedad y la cultura.

El compromiso de los ciudadanos hacia la cultura, ¿es menor cada vez? ¿Interesa solamente el espectáculo?

Hay como tres etapas: pre pandemia, los confinamientos y la pospandemia en la que parecemos entrar. Las cifras de las encuestas de hábitos de 2018-19, en prepandemia, ya indicaban la preeminencia de ciertos hábitos más vinculados al espectáculo masivo en el hogar (cine y series en TV e internet con creciente entrada de la suscripción y pagos por unidad a las que antes se era renuente; intercambio de videos en YouTube y dejando datos y privacidades al socaire de vendedores de bases de datos; redes sociales que arden en pulsiones, seguimientos de youtubers en ciertas edades...) que se ha reforzado ampliamente con el confinamiento. Pero también había ya crecimiento del interés diario por la información –por más de que el periodismo serio sea minoritario y no quepa hablar aún de renacimiento del buen periodismo-, las visitas a museos y monumentos, la masificación de la cultura en vivo en espectáculos escénicos o musicales... La pandemia lo trastocó todo al hacer imposible la cultura fuera del hogar y, al mismo tiempo, se ha producido el descubrimiento desde casa de mucho de lo que antes se pasaba de largo, convirtiéndose los ciberhogares en centro que toman decisiones culturales cotidianas y, a veces, individualmente, participativas (guasaps, relaciones en grupos...). Es sabido que la democratización de la cultura fracasó en la socialización de la llamada alta cultura porque, entre otros factores, el nivel cultural previo es la condición para un interés real en la cultura, al tiempo que capta una parte significativa del gasto público cultural cubriendo los huecos de lo que la demanda privada haría insostenible. Ello se traduce en que realmente el gasto público en cultura de élite y simbólica es cautiva de una franja de usuarios minoritarios y que apenas crece. En cambio, no ha fracasado con la llamada cultura popular empujada tanto por el mercado de pago y publicitario de las industrias culturales –incluidas radiotelevisiones públicas y privadas– como por los sostenedores públicos a las empresas sectoriales. Y, sin embargo, para la pospandemia, solo cabe hacer políticas culturales democratizadoras. Solo que habría que reorientarlas en el sentido de la participación, el amateurismo, la diversidad y las actividades sociales de mayor contacto con las mayorías, además de seguir empujando en los sectores y ámbitos habituales, como bases que son del patrimonio colectivo ya se usen o no.

No es la primera vez que escucho esa necesidad del amateurismo o del acercamiento a las mayorías...

Habría que ir también a las raíces (la educación cultural desde la infancia con formas pedagógicas adecuadas), incluida una mirada más generosa y menos arrogantemente elitista sobre las culturas populares, sin caer por ello en el relativismo cultural. El recientemente fallecido Jesús Martín-Barbero, sin negar sus efectos para bien y para mal, nos enseñó a valorar la reapropiación popular de la dominante cultura mediática. Pero quizás, junto a abundar en los derechos culturales, deberíamos dar un paso más, retomando la idea de Martha Nussbaum y su teoría de las capacidades, en el sentido de que además de derecho se tenga capacidad para ejercerlo porque te suministran la capacidad y oportunidad de hacerlo desde tu libertad de decidir. De todos modos no nos resuelve el problema de cómo habilitar mejor la “caja de herramientas” que cada uno tiene para ejercer una libertad fundada en un conocimiento previo y profundo.

Toni Puig dijo en una entrevista para Periférica que odiaba “los putos másteres de gestión cultural porque han unido la cultura con la economía”. ¿Qué opinión tiene usted de los másteres de gestión cultural?

Es normal que los másteres estén vinculados a las demandas en el mercado de trabajo cultural que exige cada vez más cualificación o especialización. El problema es más el tipo de economía o de racionalización de recursos que se enseña. Hay másteres y másteres en cuanto a calidades y funciones. Unos, los más, están más orientados a cubrir déficits de conocimiento tanto de perspectiva general y gran angular, como de herramientas técnicas para responder a nichos funcionales en instituciones culturales o en grupos artísticos o de la gestión cultural. Otros son más de oportunidad y de mera generación de unos ingresos para profesorado.

Fue asesor del Gobierno de Ibarretxe y coordinó el Plan Vasco de la Cultura. ¿Qué recuerdos, qué sensaciones, tiene ahora de aquel Plan y de todo lo que hizo por la cultura vasca durante siete años?

Tengo tanto buenos como malos recuerdos. A la cultura le fue bien en aquella etapa, no así a la comunicación. Fue una década prodigiosa en donde pusimos todo patas arriba para modernizar la cultura vasca. Se hizo un plan participativo para

el largo plazo con una guía bastante precisa para todos los ámbitos sin olvidarse de ninguno, incluida la artesanía y la cultura digital, de abajo a arriba y por consensos. Se incrementaron significativamente las ayudas y financiaciones y un tratamiento para cada campo cultural, en claves de gobernanza. Se hizo una guía estratégica y una nueva financiación para el audiovisual donde se pusieron bases para el despertar del cine vasco. Se puso en marcha el Observatorio Vasco de la Cultura y una encuesta de Hábitos a escala de toda Euskal Herria que continúan. Se hizo el decreto de TDT local. Se ordenaron competencias y se institucionalizaron mensualmente las reuniones y decisiones conjuntas de todas las instituciones relevantes, para que no se solaparan y hubiera una cultura común de gestión. Se hizo una Conferencia Internacional de Políticas Culturales, un libro sobre cultura vasca... La consejera nos dio carta blanca y nos apoyó en todo momento, así como el lehendakari Ibarretxe.

¿Hubo parte negativa?

La parte negativa vino con el aparato del partido mayoritario (PNV) del Gobierno de coalición (PNV, EA e Izquierda Unida- Ezker Batua) que bajo la dirección de Josu Jon Imaz (hoy Consejero Delegado de Repsol) y Andoni Ortuzar (entonces director general de EITB pero con mando en el partido y hoy líder máximo del mismo) pusieron palos en las ruedas para ir más a fondo en el tema audiovisual, negándose también a una ley de Comunicación y del Consejo Audiovisual y a un decreto de revisión de la normativa de las FM así como a la reforma de EITB. Ello ha supuesto un retraso de veinte años especialmente en la política comunicativa vasca, a diferencia de Cataluña y Andalucía. Y para mi disgusto, porque fui llamado como asesor-viceconsejero para eso. Ahora seguimos igual porque se perdió aquel tren de modernidad. Lo que me lleva a pensar que las élites políticas le temen más a la comunicación que a la cultura. La explicación de aquel frenazo fue la voluntad de control partidario desde su principal herramienta de gestión de opinión pública (EITB) y una visión conservadora y corta de lo que es cultura y comunicación, prefiriendo que se aplicara la legislación de Estado. Hace unos días ha vuelto a suceder: el Consejo de Gobierno ha negado la tramitación de una ley del Consejo del Audiovisual presentada por Bildu. El aparato del PNV boicoteó un empoderamiento comunicativo y lo sigue haciendo. También fue

agridulce que el escasamente representativo Gabinete López de 2009, desde una visión sectaria, deshiciera buena parte de lo andado para dejar su sello, que fue más bien escaso. La parte decepcionante de esa historia no me ha quitado las ganas de seguir intentándolo.

¿Cuáles son desde su punto de vista los caminos que tomará la gestión cultural en los próximos años? ¿Hacia dónde sería interesante hacerla evolucionar?

Tendrá que acompañar a los cambios generales que yo creo que son la gobernanza, la digitalización y la inmaterialización de la cultura. Por una parte, visto que una de las asignaturas pendientes de las políticas culturales es la participación y la conexión con los públicos potenciales, la gestión habrá de ir hacia una intermediación real –abajo a arriba y arriba a abajo– y coadyuvar a la definición de políticas públicas. La gestión debe trascender su campo para ayudar a formular políticas. Personalmente pondría especial acento en las estrategias para visibilizar y compartir culturas locales y en democratizar participativamente su gestión, con atención a los bienes comunes y a exprimir el buen uso de espacios, equipamientos y servicios públicos. Sobre ello ha escrito una valiosa tesis doctoral Tony Ramos Murphy. Habría que apoyar también la autogestión en lugar de temerla. Igualmente, la promoción de grupos culturales locales y la apuesta por las experiencias culturales sociales. Y, sin duda, la pedagogía cultural debe pasar a interactiva desde herramientas de comunicación y digitales tanto en educación cultural local como en los sistemas educativos formales. También tendrá algo que decir la gestión cultural respecto a los contenidos, por ejemplo, favoreciendo los viveros culturales, la producción independiente, las cuotas de música, el cine autóctono y contenidos televisivos de producción propia e independiente en los media, indagando en las producciones transmedia, estimular focos de informaciones sociales...

La Unión Europea recalca la idea de que la cultura europea es importante. ¿Se puede desarrollar una política cultural europea desde Bruselas para los pueblos o desde los distintos pueblos que la conforman se debe llevar a la capital europea?

Vista la deriva y el empeño en programas a vista de pájaro ideados por élites tecnocráticas, y que tampoco pue-

den solapar competencias estatales, es prioritario empoderar a los territorios en sus propios tejidos culturales, por la simple razón de que nadie lo hará por ellos. Dicho esto, desde la UE cabría una política cultural europea que toma el testigo de Unesco, pero con fondos, y que completara la idea de la diversidad universal con las ideas del derecho básico y subjetivo a la cultura, como derecho humano para el conjunto de territorios de la UE. Otro campo sería el de la universalización, acceso y protección de los derechos digitales en no importa qué país europeo, o la confección de protocolos para la pedagogía cultural en tiempos digitales; o el seguimiento de los incumplimientos estatales en derechos lingüísticos, culturales y de igualdad de género.

Usted ha sido uno de los pioneros en el mundo de la comunicación en nuestro país.

Más bien soy discípulo de la primera hornada de pioneros como los maestros Vidal-Beneyto, Vázquez Montalbán, Miquel de Moragas y, especialmente, del malagueño y llorado amigo Enrique Bustamante –mi director de tesis y con el que trabajé tanto–, a quien le dimos un emocionado adiós el pasado día 20 de junio en su ciudad natal y que nos ha dejado un legado impresionante. En lo que sí he sido uno de los pioneros, a partir de los ochenta, en el Estado Español y ámbito latinoamericano, es en la economía de la comunicación y la cultura como campo científico, desde una perspectiva crítica, con sistemáticas de análisis de la industria cultural, los procesos de trabajo y valorización en cada rama cultural y el acotamiento de sector para derivar, después, hacia las políticas culturales.

¿Qué diferencias encuentra desde sus comienzos a la actualidad?

Han cambiado unas cuantas cosas en la realidad y en la aproximación: la convergencia de informática, audiovisual y telecomunicaciones ha implicado la irrupción masiva de la digitalización no solo en la oferta y forma de producción sino en los usos en forma de servicio de la demanda; se han ampliado los formatos culturales con hibridaciones de formas expresivas; el éxito arrasador de las series audiovisuales internacionales, aunque dejan espacio a audiovisuales nacionales y territoriales; la ampliación cualitativa de los tiempos populares de exposición a las pantallas que han dado un salto con los confinamientos; la confección de menús audiovisuales por los usuarios que se han individualizado y estando la franja joven en multitarea y de forma ubicua permanentemente en conexión; la dictadura monopolista de las plataformas tecnológicas con sede en Estados Unidos a las que no se le aplica políticas anticoncentración; la aparición de la conceptualización de las “industrias culturales y creativas” con riesgo de que la cultura la fagocite la creatividad o la innovación.

Y todo ello sin perjuicio de que hayan subido, a ritmo lento pero constante, los hábitos y prácticas de las artes y la lectura, esta última crecientemente en pantalla pero con mantenimiento del libro en papel. Se ha pasado de la combinación de una cultura de pago y de servicios públicos (RTV y servicios de bibliotecas, museos...) propia de la era analógica, a una etapa primera de “gratuidad” generalizada de accesos para pasar, en la actualidad, a una fase de suscripción

Personalmente pondría especial acento en las estrategias para visibilizar y compartir culturas locales y en democratizar participativamente su gestión, con atención a los bienes comunes...

ciones crecientes y nuevos pagos por uso que reintroduce una cultura generalizada de pago, compatible con nutrir unas vendibles bases de datos de perfiles y costumbres personales.

¿Y cómo ve el presente?

No soy muy optimista con el presente, especialmente porque se ha rebajado el *punch* colectivo alterglobalista y utópico que llegó a un punto álgido en un 15 M, hace una década, y que es condición, primero, para liberarse de la gobernanza algorítmica y volver a reconstruir sendas de gobernanza democrática; y segundo, para evitar que la comunicación continua –un principio normativo del capitalismo cognitivo o cibernetico por el que se apropiá de la cultura despojándola de sentido y de sentido crítico y que la funcionaliza en producción permanente de valor económico– reemplace a la cultura social.

El periodismo de calidad no pasa por su mejor momento. ¿Cree que desaparecerá o en cambio le ve perspectivas de futuro?

Hay, en efecto, un éxito de la información pero un deterioro del periodismo que es la vertiente especializada y profesional de la información sujeta a unas reglas deontológicas y de buen hacer con funciones de intermediación directa entre el acontecer social y la narrativa para comprenderlo. Lo que pasa es que esa intermediación es cada vez más vicaria. El periodismo está en crisis de lugar social cuando aparece como una actividad dependiente de empresas informativas financiadas y sin rumbo, de agencias, de gabinetes de lobbies, instituciones y de partidos, y se ejerce como periodismo de titulares e intenciones y periodismo repetidor de declaraciones, con una información cada vez menos contrastada, más uniforme y conservadora en su esencia, con una vulneración sistemática del derecho de la sociedad a una buena información. Tiene como contrapuntos positivos a algunos social media, alguna información amateur y alguna prensa online. Y como negativos, la mayoría de información de redes sociales y de la prensa online copada por lobbies populistas de derecha. Rescatar la agenda autónoma de los media y su prestigio requiere un clima social y jurídico que lo propicie, un apoyo económico fuerte tanto público como privado, dinámicas de regulación y co-regulación en claves de responsabilidad social corporativa, servicio público independiente y tractor, combatir la

desalentadora precarización y la voluntad para hacer otro periodismo.

Asegura que es muy posible crear una radiotelevisión pública de todos y para todos. ¿Cómo se puede conseguir?

Bustamante ha sido su máximo valedor. La radiotelevisión pública de ámbito estatal autonómico o local tiene unas misiones de primera importancia a las que no vienen obligadas las privadas: acceso general con derecho de los grupos sociales a informar; oferta de programación para mayorías y atención a minorías de calidad; información desde la neutralidad; gestión democrática y eficiente; financiación que permita su independencia; vertebración de una comunidad plural y diversa con roles integradores, participativos y educativos; cercanía, vínculo y arrope social; producción propia; presencia multiplataforma; construcción del espacio público; diferenciación con identificación; apuesta lingüística firme; generación de agenda propia; apuesta multisorte; creatividad; impulso de la producción propia y de la industria audiovisual cercana; articulación de un espacio cultural y comunicativo propio. Todo interesante sobre el papel pero lo tiene mal para cumplir esos roles, porque el legislador -por decisión política y si se exceptúa la primera legislatura de Rodríguez Zapatero cuando se tomó como modelo del servicio público a la BBC- le ha dado la primacía al sistema radiotelevisivo privado, la casi exclusividad del mercado publicitario y pocas obligaciones. Para la segunda legislatura del Gobierno Zapatero ya había cambiado de paradigma, a las órdenes de Teresa Fernández de la Vega y de la patronal privada UTECA. Y ya no digamos con los Gobiernos del PP. Ya es imposible que tenga una función de arrastre y calidad para el conjunto del sistema radiotelevisivo. Lo que ocurre es más bien lo contrario, la televisión pública imita las programaciones privadas de éxito.

Entonces está todo perdido.

Hay algunos ámbitos, como el tecnológico y con plataformas en Internet y accesible sobre dispositivos móviles, en las que sí están en punta RTVE y algunas autonómicas, pero les falta el salto a un servicio público interactivo, multimedia y multiplataforma. Ello exige sustituir el modelo organizacional actual, que es por sociedades y canales [cada una con su programación, su producción, sus relaciones externas,

su difusión aunque compartiendo edificios, servicios, redes, tecnologías y áreas comerciales], por otro centrado en usuarios-contenidos y tendente a compartir por el conjunto de sociedades y soportes también elementos de programación, redacciones, producción, relaciones externas y difusión, pero adaptadas a cada soporte. Se supone que las obligaciones que introducirá la futura ley de Servicios Audiovisuales para las radiotelevisiones públicas, entre ellas de planificación a medio (mandatos marco parlamentarios) y a corto plazo (contratos programa) con la consiguiente financiación, mejorarán su funcionalidad pero lo importante sería un debate público participativo sobre el servicio público, como lo hubo en la década de los 2000, para preparar a los servicios públicos para una función de liderazgo, de experimentación y de prestigio social. Y eso sí está a su alcance... si se quiere.

¿Se puede luchar contra la desinformación?

¡Claro que sí! Se deberían desarrollar: una ley-estatuto del informador; formalizar de forma autónoma un Consejo de Medios Audiovisuales tanto a escala estatal como en las comunidades que aún no lo tienen -la mayoría-; implementar consejos informativos que velen por la profesionalidad y el pluralismo; favorecer una alianza entre periodistas, usuarios e internautas; la regeneración de los servicios públicos y el impulso de la información "en común", también en la red, como parte de procesos de empoderamiento social y de género; llevar al sistema educativo la cuestión de saber leer la información y cómo informar; alumbrar y publicar códigos éticos e informes de quienes supervisan su aplicación; e institucionalizar el debate público sobre la comunicación en tiempos de oligopolios comunicativos y *fakes*.

Es usted bastante activo en Twitter, quizás la red social más denostada en estos momentos.

Cada vez soy menos activo porque requiere dedicación y hasta una cierta obsesión y, a la vez, temes las reacciones insultantes o simplistas de alguna gente que se ha *engorilado* y dice cualquier cosa terminando por exasperarte. En el tiempo me ha servido para informarme, como ayuda a la agenda de preocupaciones y para opinar sintéticamente y con precisión. Sin embargo, en la medida de su masificación, el factor educativo, comunicativo y alternativo se ha ido transformando en un vomitorio de pulsiones y faltas de respeto, aunque sigue habiendo muchísima gente que sabe

hacer comentarios y conversar con valía. Ahora entro más puntualmente. Y soy más selectivo.

¿Qué opina de las redes sociales como vehículos de comunicación en estos tiempos de bulos, fake news y odios reprimidos?

Respecto a bulos, fakes y posverdades, entendidas como medias verdades, emociones adornadas o puras mentiras, son tan viejas como el mundo. Y se traducen en que la verdad o los datos interesan menos que las creencias, los sentimientos, los líderes o los *trending topics*. Internet es un immense ruido en todas las direcciones con miles de nuevos agentes (desde blogueros, tuiteros y youtubers a comunidades o anunciantes) en la fabricación de la agenda que antes era oligopolio de los medios de comunicación y cuestiona el rol del periodismo profesional, sin que, de todos modos, la interesante información ciudadana y activista haya podido triunfar sobre las *fake news* o la sal gruesa. Cuajan los discursos y enfoques catastróficos, subjetivos, de pura ideología y contra alguien al que se transfieren los males. Con ello no hay que rendir cuentas más que para la Causa, cualquiera que sea, y para ello se miente, engaña, amenaza o insulta. La posverdad es de toda la vida pero hay ingredientes que hoy propenden a la subjetividad en perjuicio de las matrices interpretativas racionales. Las posverdades encajan bien con los escenarios "post" que vivimos, con incertidumbres múltiples ya instaladas que nos dicen más lo que ya no es que lo que es. O sea, es propio de épocas de transiciones a alguna parte que no sabemos. Así se dan cita el capitalismo posindustrial o cognitivo que genera una sociedad de conocimiento desigual y que parece ir hacia una sociedad de control aunque con emergencia de nuevos agentes; la sociedad del posbienestar, del malestar y con ascensos de los populismos autoritarios; la posmodernidad caracterizada por un pensamiento fluido, cambiante, no cotejable, impresionable, narcisista y subjetivizado que, sin embargo, descubre esferas ocultas.; y la individualización en perjuicio de los sujetos colectivos organizados y empoderados.

¿Cómo se lucha contra la posverdad?

Achicar el campo de la posverdad requiere, por un lado, ensanchar el campo del saber, de la educación y de la maduración de la opinión pública; y, por otro, poner la calidad del sistema

de comunicación y del periodismo clásico adaptado en el corazón de la gestión de las sociedades posindustriales. Claro que el tema también se juega en ámbitos más amplios, como la calidad democrática, la participación política, el ascenso del pensamiento transformador y la lucha por espacios de hegemonía en el palenque social y económico. Dicho de otro modo, esperar que las tecnologías permitan la mejora de las democracias sería poner el carro delante de los bueyes. Es más sensata la secuencia contraria. Un país debe apostar primero por profundizar en la democracia y defender su diversidad. Desde ahí, como parte de esa lógica general, por fuerza habrá de asumir el reto de la democratización de los accesos y comunicaciones, como medio sustancial para la democracia y la diversidad.

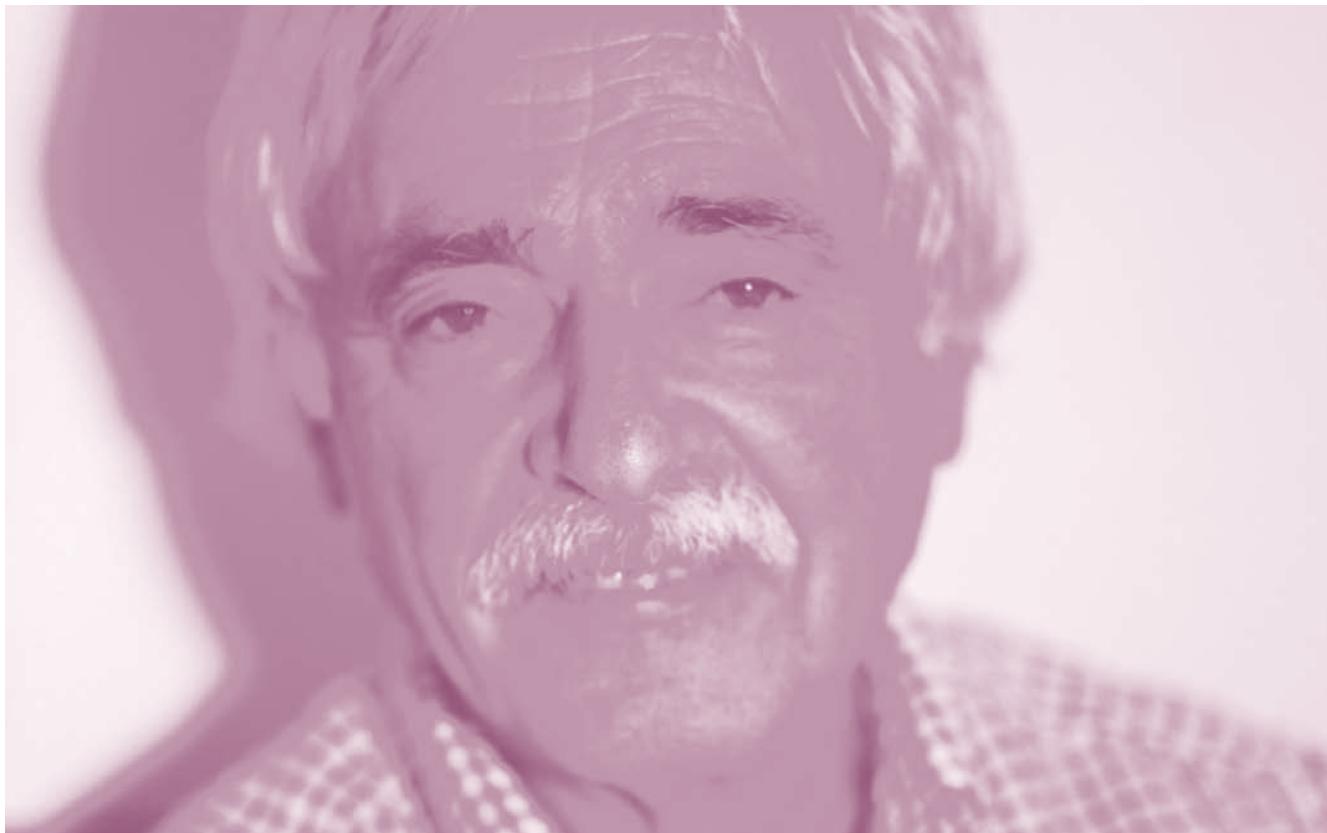
Me da la sensación, quizás equivocada, que el análisis político es lo que más le interesa ahora.

Sí, es equivocada. Desde los 17 años (1965) –y con una militancia antifranquista de riesgo que me supuso alta represión– he estado comprometido social y políticamente, de forma paralela a un interés por el conocimiento en múltiples campos aunque, tras hacer simultáneamente las carreras de Derecho y de Economía, me incliné por esta última y cuando entré a dar clases en la Universidad en 1978 me especialicé en economía de la cultura, comunicación y empresas informativas. Mientras duró el franquismo mis energías se volcaron en la acción política sin prejuicio de acabar mis estudios y ser lector multifocal. Cuando fui estudiante universitario tenía como cuatro dedicaciones al mismo tiempo: Derecho, Economía, contraprogramación de lo que me enseñaban en la Universidad Comercial de Deusto (mediante lecturas alternativas) y militancia. Me levantaba casi todos los días a las 4:30 de la madrugada, y tras un café solo doble y un cigarrillo al que seguían otros, me ponía a estudiar, puesto que en Deusto teníamos evaluaciones continuas. Era un sín vivir, en lo que a tiempo se refiere, y de una gran intensidad vital. Siempre he tenido una doble pulsión que he pretendido compatibilizar. A partir de 1985 mi militancia fue social –sin partido– y, por cuenta propia, ejerciendo de analista político. Paralelamente era un científico social con aun más libros, artículos y conferencias en los campos de la cultura y la comunicación. Soy muy estajanovista con el trabajo pero sin mezclar roles. Ya en clase procuraba no hablar de política y ser lo más reflexivo

posible teniendo en cuenta la pluralidad de alumnado; y, en la acción pública, ofrecer lógicas argumentativas con vocación de solventes. Tampoco han sido para mí compartimentos estancos. He querido ser riguroso en los análisis políticos, aunque estén condicionados por el *frame* mental, las coyunturas y el accionar de los agentes. Y, en cultura y comunicación, he querido no ser un profesor al uso, sino que también tengo una visión comprometida de cambio, además del registro e interpretación de lo que hay.

Ha escrito que “los países industriales han sido expertos en la economía de lo material, de lo sólido. Ahora hay que pasar a la economía de lo inmaterial, de los intangibles y saberes, de los valores añadidos y de los servicios, de los derechos y activos inmateriales”. ¿Nos dice, por favor, cómo se consigue esto?

Hay que cambiar el chip mental porque ha cambiado el entorno y las formas de generar valor. No lo ven así aun las instituciones que piensan todavía en la industria desde un concepto físico y no de labores añadidos, incluso cuando hablan de industria sostenible. Y por eso las Consejerías de Industria en las comunidades autónomas siguen pensando que lo relativo a industria cultural es cosa solo de los departamentos de Cultura (de bajo presupuesto) y no de los departamentos económicos (de alto presupuesto). Claro que el liderazgo lo debería tener Cultura con un diálogo permanente con sociedad y sector. No es aceptable que la apuesta sistémica por el I+D en claves de tecnología, industria e innovación para alumbrar la sociedad posfordista del conocimiento, no tenga su otro pie, compensatorio y cualitativo, en la cultura, renovada mediante nueva creación y su extensión general. Se hace necesaria la implicación de la política industrial y de innovación en este sector desde un doble parámetro: el impulso cultural como ámbito significativo de la sociedad del conocimiento; y la construcción de un tejido económico cultural en busca de viabilidad económica y especialización. La condición generalizada de micropymes de las empresas culturales, con amplia presencia de autónomos, obstaculiza el abordaje de proyectos competitivos y el acceso a las convocatorias vigentes de ayuda industrial que habría que reformar. Igualmente, las políticas e-culturales han de contemplar las ayudas prioritarias para: el soporte digital; la digitalización de la exhibición; los creadores de software di-



gital, de videojuegos, de aplicaciones, de servicios y utilidades en red o móvil... Se debería contar con un plan de emprendizaje cultural con un sistema de ayudas para la emergencia de micromedias.

¿Lo ve también para el País Vasco?

En el caso del País Vasco, un país industrializado y pos-industrializado y de bastante alto nivel educativo, que cuenta con una cultura que es minoritaria en su entorno y es dependiente de un estado anfitrión, debe especializarse en cultura, para casar ambas dimensiones, aprovechando su saber-hacer económico e intelectual en la idea de profundizar, extender e intercambiar cultura y reforzando, así, tanto su identidad y sus recursos humanos como su renovación. No es admisible que la especificidad cultural sea presentada siempre con orgullo como signo de identidad y marca y, si multáneamente, no se pongan todos los medios institucionales

les y económicos imaginables para recrearla, desarrollarla y extenderla. Lo cierto es que, en lugar de apostar por ella y en todas sus dimensiones, especialmente en creación cultural, se ha sacrificado la cultura y la comunicación en la etapa de crisis de 2008-2013 y ya no digamos con la pandemia. Me llama la atención que se ponga en primer plano el logro de la soberanía política –y soy partidario de ella para las naciones sin Estado–, pero paralelamente no se ejerzan cotas de soberanía cultural que están al alcance de la mano.

¿Ha sacado algo en claro con la pandemia?

Desde luego aproveché el Gran Confinamiento, del que casi ni me enteré, pues me faltaba tiempo, para escribir, día y noche, un libro de 280 páginas: *El declive económico de Busturialdea Urdaibai: dilemas y propuestas*. Con ello volvía a mis orígenes de analista económico puro y duro en Caja Laboral de Mondragón

allá por 1974. Tuve que emplearme a fondo, tras 45 años, para leer bien las estadísticas del INE y de EUSTAT para acompañar al relato de la historia económica de la comarca en la que vivo y reabrir el debate de su futuro, incluido el Guggenheim de arte y naturaleza que se proyecta en Gernika–Murueta. En lo cualitativo y general, remedando al personaje de *Blade Runner*, “he visto cosas”, como las tenues fronteras entre disciplina y disciplinamiento; los vaivenes entre agradecimientos a sanitarios e irresponsabilidades varias; los culebreos políticos de cobro y sueldo sedal con vueltas a cifras pésimas de contagios sin que se paguen facturas políticas; la conversión de intereses de parte en presuntos intereses generales con la intervención de muchos *thinks tanks* y gestorías de ingeniería social que han hecho el agosto con resultados políticos, como los de las elecciones autonómicas de Madrid, que premiaron una mala gestión mediante compra social de unos eslóganes de parvulario. Ya en el campo de la cultura, en lo material, siguiendo dos informes: uno al inicio de la pandemia, *Impacto de la Covid-19 en el sector cultural de la Comunidad Autónoma de Euskadi*, del Observatorio Vasco de Cultura al que nutre ICC dirigido por Xavier Fina y ejerciendo de guía sobre las ayudas vigentes y las que podrían implementarse; y otro en época ya avanzada de la crisis sanitaria, *Análisis del impacto del Covid 19 sobre las organizaciones y agentes culturales en España*, del que es editor Raúl Abeledo de Econcult de la Comunidad Valenciana, donde nos dibujan algunos de sus efectos, entre ellos, el impacto general de cancelación de actividades y de oportunidades de facturación; el cambio de chip de los agentes culturales situándose todos en modo supervivencia e implicando reducciones de plantillas para afrontar la pospandemia; la implantación del teletrabajo salvo en las actividades en las que es menos factible como en las artes escénicas; el aprovechamiento del confinamiento para repensar proyectos y modelos de negocio; la profundización de la precarización en la que ya estaban instalados muchos agentes del sector echándose de menos un “Estatuto del artista” mientras no pocos creadores mostraban su altruismo regalando actuaciones por la red o en los patios de las viviendas; la constatación de lo escasas y tardías de las ayudas generales que han estado poco adaptadas a los rasgos el sector... La impresión conjunta es que, a pesar de la conocida resiliencia del sector a las condiciones adversas, va a suponer la desaparición de no pocos activos personales y económicos. En lo concreto, “hemos visto” el sacrificio de la cultura y el gran poder de la hostelería; el

salto cualitativo de las plataformas audiovisuales de pago, de los *influencers*, de la cultura digital, de las compras *online*, de los Gran Hermano anotando todo y vendiéndolo, sin que nadie defienda la privacidad, aunque a muchos no les importe el tráfico clandestino de sus perfiles y datos.

Esto sí que da miedo.

Totalmente. Creo que se ha dado un salto cualitativo en la Sociedad de Control –te vigilo por si rompes la norma– y en la Sociedad Trasparente –sabemos de ti más que tú mismo–. El ciberhogar permite multiplicar las herramientas de acceso al saber pero, sin el *frame* mental, todo falla y los niveles de manipulación o distorsión de las realidades puede llegar a extremos increíbles. La proliferación de tertulias políticas incrementa el conocimiento de una élite pero, sobre todo, nutre las parroquias con anteojeras. Tras el efecto arrasador de la Covid 19 en la socialidad, en la cultura, en la agenda de problemas a tratar y, también, sobre el aparato productivo en general, habrá que plantearse nuevos criterios de valoración social. Se puede tener la oportunidad de formularlos de forma más certera sobre los problemas más sustanciales, una vez vista la fragilidad de la vida. Se abre a corto la posibilidad de un papel motor de la intervención pública, sin la mordaza de los déficits cero para una vuelta a empezar. Tenemos algo de Sísifo pero nunca partiendo de cero ni en la misma montaña.

Si los lectores de *Periférica* fuesen a su casa y vieran su biblioteca, ¿qué diría de usted?

Que tengo menos libros de los que debería y de los que he leído a lo largo de mi vida, porque en mi azarosa vida en el franquismo perdí todos los libros en los traslados intempestivos. Y ahora que me he semi-jubilado y estoy de “profesor emérito”, he donado casi todos mis libros de comunicación y política a la biblioteca de la Universidad. Entre lo que me queda encontrarían libros de filosofía, sociología, política, derecho, cultura, comunicación, ecología, narrativas varias, enciclopedias, colecciones, libros sobre naturaleza, montes, animales y, mi gran afición, la jardinería.

¿Cuáles son los valores importantes de su vida?

Compromiso, que no deja de ser un trasunto del amor en distintas direcciones, honestidad, participación, verdad y lealtad, acompañados de las tres divisas de la Ilustración: li-

bertad, igualdad y fraternidad partiendo del reconocimiento de la identidad de cada cual.

¿Con qué odia perder el tiempo?

Con el pensamiento reaccionario, o con los que dicen lo primero que se les ocurre o que son repetidores de esló-ganes y argumentarios aprendidos y retóricos. Y si todo ello va junto ya es insufrible. Estuve de tertuliano hace dos años en un programa matinal de ETB 2 y siempre me ponían de contertulios a cuadros medios del PP, gente sin fundamento, como decimos aquí, que crispaban los debates. Me quemé.

Me harté de tener que volver a explicar los fundamentos de la democracia y de llevarme berrinches ante tanta decrepitud mental, y lo dejé.

¿A qué le tiene miedo?

A la incoherencia, a las señales que se perciben de retroceso social en valores, al ascenso de la banalidad, a la desconexión, a no acertar con los discursos más nodales para la gente joven en quien reside la esperanza de cambios...